

Discursos de Elberfeld
Federico Engels
8 y 15 de febrero de 1845

(Tomado de Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista (anexos)*, páginas 154-168, formato pdf, [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels – Edicions Internacionals Sedov](#).¹

Versión al castellano desde “[Discours d’Elberfeld](#)”, en [Marxistes. Les auteurs marxistes en langue française – Section Française-MIA](#). Discursos publicados en: *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform*, 1845, Bd. I y pronunciados el 8 y el 15 de febrero de 1845.)

I

¡Caballeros!

Como acaban de escuchar y como puedo pensar, es un hecho universalmente conocido que vivimos en el mundo de la libre competencia. Pero examinemos más de cerca esta libre competencia y el orden social que genera. En la sociedad actual, cada uno trabaja para sí mismo, cada uno sólo busca enriquecerse y no se preocupa en lo más mínimo por lo que hacen los demás. No se trata de una organización racional, y ni siquiera podemos hablar de una división del trabajo; por el contrario, cada uno intenta anteponerse al otro e intenta aprovechar la oportunidad favorable para sus intereses privados, y no tiene ni el deseo ni el ocio de pensar que básicamente sus propios intereses coinciden con los de todos los demás hombres. El capitalista privado está en lucha contra todos los demás capitalistas, y el trabajador individual contra todos los demás trabajadores, los capitalistas están luchando contra todos los trabajadores, así como la masa de trabajadores necesariamente, a su vez, está luchando contra la masa de capitalistas. En esta guerra de todos contra todos, en esta anarquía general y en la explotación mutua reside la esencia de la sociedad burguesa actual. Sin embargo, una economía desregulada de este tipo, señores, debe conducir a largo plazo, necesariamente, a los resultados más perjudiciales para la sociedad. El desorden en el que se basa y la falta de interés por el verdadero bien común deben salir a la luz tarde o temprano. La ruina de las clases pequeñoburguesas, de la masa que había constituido la base esencial del estado durante el siglo pasado, es la primera consecuencia de esta lucha. Cada día vemos como esta clase de la sociedad es aplastada por el poder del capital; por ejemplo, el maestro sastre independiente pierde a sus mejores clientes como resultado del desarrollo de talleres de confección, y los ebanistas como resultado del desarrollo de talleres y tiendas de muebles: como los pequeños capitalistas, de miembros de la clase *propietaria*, se transforman en proletarios dependientes que trabajan para otros, en miembros de la clase *privada de propiedad*. La ruina de las clases medias es una de las consecuencias muy deploradas de nuestra tan cacareada libertad de industria. Esto es un resultado necesario de las ventajas que el gran capitalista tiene sobre su competidor que tiene menos; es el signo más enérgico de vida del capital que tiende a concentrarse en pocas manos. Esta tendencia en el capital también ha sido destacada por muchas personas y en general se deplora que la propiedad se acumule más y más en manos de unos pocos cada día que pasa, mientras que la gran mayoría de la nación se empobrece cada vez más. Existe así un creciente antagonismo entre unos pocos ricos, por un lado, y un sinnúmero de pobres, por otro. Este antagonismo ya se ha agravado de forma amenazadora en Inglaterra y Francia, y se agudiza cada día que pasa. Pero mientras mantengamos la base actual de la sociedad, será imposible detener este progreso del enriquecimiento de unos pocos individuos y la pauperización

de la gran masa. El antagonismo se agudizará cada vez más, hasta que esta misma tensión obligue a la sociedad a reorganizarse según principios más racionales.

Sin embargo, señores, estas no son todavía todas las consecuencias de la libre competencia. Dado que cada uno produce y consume por cuenta propia, sin preocuparse mucho por la producción y el consumo de los demás, es necesario que se produzca muy rápidamente un desequilibrio flagrante entre la producción y el consumo. Además, dado que la sociedad actual confía la tarea de distribuir los bienes producidos a los comerciantes, especuladores y tenderos, cada uno de los cuales sólo tiene en mente sus propios intereses, el mismo desequilibrio se producirá también en la distribución de alimentos (aunque ignoremos la imposibilidad de que quienes se ven despojados de toda propiedad obtengan una parte suficiente de ellos) y, por tanto, en última instancia, en la distribución de las producciones. ¿Hemos visto que un fabricante tiene los medios para saber cuántos de sus productos son necesarios en un mercado particular, e incluso si pudiera saberlo, cuántos de sus competidores enviarían sus productos a cada uno de estos mercados? En la mayoría de los casos ya no sabe adónde irán los productos que fabrica; ¿cómo podría saber entonces cuántos de sus competidores extranjeros enviarán productos a los mercados en cuestión? No sabe absolutamente nada de todo esto; al igual que sus competidores, fabrica a ciegas y se consuela pensando que otros deberían hacer lo mismo. No hay otro punto de referencia que el nivel siempre cambiante de los precios. Para los mercados lejanos a los que envía sus mercancías, este precio ya ha variado considerablemente entre el momento en que su informante le envió una carta con estos datos y el momento en que las mercancías se envían o incluso llegan al mercado. A falta de una regulación de la producción, también es natural que en un momento dado se produzca una congestión del tráfico, y este debe ser tanto más importante cuanto más avanzada esté la industria. Por lo tanto, Inglaterra ofrece los ejemplos más llamativos a este respecto. Debido a la amplitud y sofisticación del tráfico, así como a los numerosos especuladores y casamenteros que se interponen entre el fabricante industrial y los consumidores reales, es aún más difícil para los industriales ingleses que para los alemanes saber algo sobre la relación entre las existencias y la producción, por una parte, y el consumo, por otra. El fabricante tiene que abastecer casi todos los mercados del mundo, pero casi nunca sabe adónde van a parar sus productos. Por eso, dada la enorme capacidad de producción de la industria inglesa, todos los mercados están repentinamente sobresaturados. La circulación se bloquea, las fábricas sólo trabajan a tiempo parcial o no trabajan en absoluto, a esto le sigue una serie de quiebras, hay que liquidar las existencias a precios bajos, y una gran parte del capital acumulado con gran dificultad se pierde de nuevo como resultado de una crisis comercial de este tipo. En Inglaterra, desde principios de este siglo, hemos tenido toda una serie de estas crisis comerciales, y durante los últimos veinte años hemos tenido una cada cinco o seis años. Estas últimas (las de 1837 y 1842) están todavía claramente escritas en la memoria de la mayoría de ustedes. Y aunque nuestra industria fuera tan grande y sus salidas tan extendidas como las de la industria y el comercio ingleses, veríamos los mismos resultados, mientras que hoy, en nuestro país, el efecto de la competencia en la industria y el tráfico se hace sentir en una depresión general y continua de todas las ramas de actividad, en un estado medio miserable entre el florecimiento dudoso y el declive total, en una situación de congestión moderada, es decir, en la estabilidad.

Caballeros, ¿cuál es la verdadera razón de estos males y desequilibrios? ¿De dónde viene la ruina de la clase media, el brutal antagonismo entre ricos y pobres, el hacinamiento del mercado y el consiguiente despilfarro de capital? No tienen otro motivo que la dispersión de intereses. Todos trabajamos, pero cada uno por sus propios intereses, sin preocuparnos por el bien de los demás. Pero ¿no es una verdad manifiesta y obvia que

el interés, el bien, la felicidad de la vida de cada persona están inseparablemente ligados a los de nuestros semejantes? Debemos reconocer que ninguno de nosotros puede prescindir de nuestros semejantes, que el mero interés nos vincula entre sí y, sin embargo, contradecimos abiertamente esta verdad en nuestras acciones; y, sin embargo, organizamos nuestra sociedad no como si nuestros intereses fueran los mismos, sino como si estuvieran completamente opuestos entre sí. Hemos visto cuáles han sido las consecuencias de este error fundamental; si queremos eliminar estas graves consecuencias, debemos cambiar este error fundamental, y ese es precisamente el propósito del comunismo.

En la sociedad comunista, donde los intereses de unos ya no se oponen a los de otros, sino que se asocian, se elimina la competencia. Es obvio que ya no hablaremos de la ruina de ciertas clases, o incluso ni de las clases en general, de ricos y pobres como se hace hoy en día. En la producción y distribución de los bienes necesarios para la vida, se abolirá el modo privado de adquisición y el objetivo del individuo particular de enriquecerse por su propia cuenta con medios privados, de modo que las crisis de circulación desaparecerán por sí solas. En la sociedad comunista, será fácil conocer tanto la producción como el consumo: tan pronto como sepamos la cantidad que necesita un individuo medio, será fácil calcular la cantidad que necesita un determinado número de individuos, y como la producción ya no estará en manos de unos pocos propietarios privados, sino en las de la comunidad y su administración, será fácil *regular la producción según las necesidades*.

Por lo tanto, vemos que los males esenciales del estado social actual desaparecen en la organización comunista. Sin embargo, si entramos en un poco más de detalle, nos encontramos con que las ventajas de este sistema no se detienen ahí, sino que llegan incluso a eliminar muchos otros de esos males, de los que hoy sólo mencionaremos los males económicos. La estructura actual de la sociedad es ciertamente la menos racional y práctica que se pueda imaginar. El antagonismo de intereses significa que una cantidad significativa de mano de obra se emplea de una manera que no proporciona ningún beneficio a la sociedad, y una parte considerable del capital se pierde completamente innecesariamente, sin reproducirse.

Basta con observar las crisis económicas. Vemos cómo masas de productos que los hombres han tenido grandes dificultades para realizar son liquidados a precios irrisorios que causan pérdidas al vendedor; vemos que después de las quiebras, masas de capital, que sin embargo habían sido amasadas con dificultad, se escapan de las manos de sus dueños y desaparecen. Pero miremos más de cerca la circulación tal y como se practica hoy en día. ¿Por cuántas manos tiene que pasar cada producto antes de que llegue a las del consumidor real? Así que piensen, caballeros, en los muchos intermediarios y especuladores superfluos que se interponen entre el productor y el consumidor. Vamos a ilustrar esto con un ejemplo: una bala de algodón que fue hecha en Norteamérica. Fluye de las manos del agricultor a las del agente de cualquier puesto comercial en Mississippi, y río abajo a Nueva Orleans, donde se vende (por segunda vez, ya que el agricultor ya la ha vendido al agente) a un especulador, por ejemplo, que a su vez la vende al exportador. Este último, a su vez, la negocia con un comisionista que la compra a crédito, por ejemplo, para una empresa alemana. En estas condiciones, la bala de algodón se transporta a Rotterdam, desde donde sube por el Rin, pasando por una docena de manos, después de haber sido descargada una docena de veces, luego vuelta a cargar de un vehículo a otro, y es sólo entonces cuando llega a las manos, no del consumidor, sino del fabricante, que comienza a transformarla en un producto apto para su uso, después de haber hecho trabajar su hilado por un tejedor, y después de haber transportado su tejido a la secadora. Luego viene el mayorista y el minorista, que finalmente entrega el producto al

consumidor. Y todos estos intermediarios, especuladores, directores de agentes comerciales, exportadores, comisionistas, cargadores, mayoristas y minoristas, que no tienen nada que ver con la mercancía en sí, todos quieren vivir y obtener beneficios, y también lo hacen en promedio, porque de lo contrario no podrían sobrevivir.

Caballeros, ¿no hay una forma más sencilla y económica de transportar una bala de algodón de América a Alemania y poner el artículo fabricado con ella en manos del consumidor real que este desvío a través de una docena de ventas complicadas, innumerables transbordos y viajes de un almacén a otro? ¿No es éste un ejemplo llamativo de este despilfarro múltiple de mano de obra, generado por la dispersión de intereses privados?

En la sociedad sensatamente organizada ya no habrá ninguna cuestión de tal complicación del transporte. Para seguir con nuestro ejemplo, será tan fácil determinar cuánto algodón o productos de algodón necesita una colonia comunitaria, como es de fácil para la administración central saber cuánto necesitan todas las comunidades del país. Una vez que se haya compilado dicha estadística (algo que se puede hacer fácilmente en uno o dos años) bastará con modificar el consumo medio anual simplemente en función del crecimiento de la población. Por lo tanto, es fácil predecir, a su debido tiempo, la cantidad de todos los múltiples productos que necesita la población, y toda esta gran cantidad se pedirá directamente en origen, sin la especulación de intermediarios o almacenamiento y transbordo que no sean los requeridos por la naturaleza física de las comunicaciones: en resumen, con un gran ahorro de mano de obra; ya no habrá necesidad de pagar un beneficio a los especuladores, mayoristas y minoristas.

Pero eso no es todo: de esta manera, estos especuladores e intermediarios no sólo serán inofensivos para la sociedad, sino que también serán útiles para ella. Mientras que hoy en día realizan un trabajo que es una desventaja para todos los demás y, en el mejor de los casos, superfluo aunque les proporcione los medios para vivir, y muy a menudo incluso una gran riqueza; en resumen, aunque hoy en día son directamente perjudiciales para el bien de todos, entonces tendrán las manos libres para una actividad útil y podrán asumir una ocupación en la que no serán miembros hipócritas que holgazanean pretendiendo solamente participar en la comunidad humana, sino que lo harán como miembros activos de la misma.

La sociedad actual pone a cada individuo en un estado de hostilidad contra todos los demás y así genera una guerra social de todos contra todos, que necesariamente toma una forma brutal, bárbara y violenta en todos, especialmente en el individuo inculto, la forma criminal. Para protegerse del crimen y de la violencia pública, la sociedad necesita una enorme y compleja red administrativa y legal, que ocupa una enorme masa de mano de obra. En la sociedad comunista, esto sería infinitamente más sencillo, precisamente (por extraño que parezca) porque en esta sociedad la administración no sólo tendría que ocuparse de unos pocos aspectos, sino de toda la vida social en todas sus múltiples actividades, en todos los sentidos. Al abolir la oposición de cada individuo a todos los demás y sustituir la guerra social por la paz social, estamos hundiendo el hacha en la misma raíz del crimen y, en consecuencia, haciendo superflua la mayor parte, si no la abrumadora, de la actividad actual de las autoridades administrativas y judiciales. Los crímenes pasionales ya están disminuyendo constantemente en comparación con los crímenes cometidos por cálculo, por interés: los crímenes contra las personas están disminuyendo mientras que los crímenes contra la propiedad están aumentando.

La civilización en crecimiento ya atempera las violentas explosiones de pasión en la sociedad de hoy que se mantiene en pie de guerra, ¡pero cuánto más lo hará en la sociedad comunista pacífica! La justicia penal desaparecerá por sí sola, al igual que la justicia civil, que se ocupa casi exclusivamente de cuestiones de propiedad o, al menos,

de las derivadas del estado de guerra social. Los enfrentamientos ya no pueden ser más que raras excepciones, mientras que hoy en día son la consecuencia natural de la enemistad universal: pueden resolverse fácilmente mediante arbitraje.

Hoy en día, las autoridades administrativas también encuentran en el estado de guerra permanente la fuente de su ocupación (la policía y toda la administración están ocupadas en nada más que asegurar que la guerra permanezca oculta, indirecta, que no degenera en violencia abierta, en crímenes). Pero si es infinitamente más fácil mantener la paz que mantener la guerra dentro de ciertos límites, será infinitamente más fácil administrar una sociedad comunista que una sociedad competitiva. Y si la civilización ya ha enseñado a la gente hoy en día a buscar sus intereses manteniendo al mismo tiempo el orden público, la seguridad y la estabilidad, y por lo tanto a prescindir de la policía, la administración y la justicia si es posible, ¡cuánto más lo veremos en una sociedad en la que la comunidad de intereses es elevada a principio fundamental, en la que el interés público ya no es distinto al del individuo! Lo que ya está sucediendo hoy *a pesar* de la organización actual de la sociedad, ¡cuánto más veremos cuando las estructuras sociales ya no representen tantos obstáculos, sino apoyos! También en este nivel se puede esperar un aumento considerable del número de fuerzas productivas que el orden social actual de la sociedad deduce de la propia producción.

Una de las instituciones más caras, de la que la sociedad actual no puede prescindir, son los ejércitos permanentes, que arrebatan a la nación la parte más vigorosa y eficaz de la población y obligan a otra parte a mantener a los que se han vuelto improductivos. El presupuesto estatal de nuestro propio país nos dice lo que nos cuesta el ejército permanente: veinticuatro millones al año y la retirada de doscientas mil vigorosas manos del proceso de producción.

En la sociedad comunista, a nadie se le ocurriría mantener un ejército permanente. ¿Cuál es el punto, de hecho? ¿Mantener el orden dentro del país? Como acabamos de decir, a nadie se le ocurriría perturbar esta paz interior. Si tememos las revoluciones, es porque sabemos que son la consecuencia inevitable de la oposición de los intereses existentes. Sin embargo, cuando los intereses de todos coinciden, no puede haber tal temor. ¿Para iniciar una guerra de agresión? ¿Cómo podría una sociedad comunista emprender una guerra de agresión, cuando sabe perfectamente que sólo perdería hombres y capital, cuando a lo sumo ganaría unas pocas provincias reacias, es decir, un desorden de su orden social?

¿Para empezar una guerra de defensa? Para ello no necesita un ejército permanente, ya que es fácil entrenar a cualquier hombre sano en la sociedad, no sólo en sus diversas ocupaciones, sino también en el arte militar, siempre que se trate de defender el país y dejar de lado los ejercicios de puro desfile. Y pensad, pues, señores, que en el caso de una guerra que sólo podría producirse *contra naciones anticomunistas*, el miembro de tal sociedad tendría que defender una *verdadera patria*, un *verdadero hogar*, es decir, luchar con el entusiasmo, la tenacidad y el coraje contra los que la formación mecánica de un ejército moderno volaría en mil pedazos. Pensemos, pues, en los milagros realizados por el entusiasmo de los ejércitos revolucionarios de 1792 a 1799, y sin embargo sólo lucharon por una *ilusión*, un *simulacro de patria*, y hay que estar de acuerdo en la extraordinaria fuerza de un ejército que no lucha por ilusiones, sino por una realidad tangible. Estas incontables masas de mano de obra que los ejércitos están tomando ahora de los pueblos civilizados volverían a trabajar en una sociedad comunista: no sólo producirían todo lo que necesitan, sino que también podrían proporcionar a los almacenes públicos más productos de los que su mantenimiento requiere.

Un desperdicio aún peor de fuerzas productivas es evidente en la sociedad actual en la forma en que los ricos explotan su situación social. No quiero hablar de este

innumerable lujo, perfectamente inútil y literalmente ridículo, que tiene su origen en la obsesión por destacar y que requiere una gran cantidad de mano de obra. Caballeros, ¿por qué no entráis en la casa, en el santa sanctorum de un hombre rico, y me decís si no hay el más absurdo derroche de mano de obra, ya que muchos hombres son acaparados para servir a una sola persona y a su ociosidad, o peor aún, se dedican a tareas que tienen su fuente en el aislamiento de cada individuo dentro de sus cuatro paredes? Toda esta multitud de sirvientes, cocineros, criados, cocheros, lacayos, jardineros y toda esta gente, ¿qué están haciendo realmente? Todas estas personas sólo están muy ocupadas *por unos instantes* al día haciendo que la vida de su jefe sea *verdaderamente agradable*, facilitando el libre desarrollo y ejercicio de su naturaleza humana y sus fortalezas innatas. ¡Durante *cuántas horas* la gente sólo se dedica a tareas que tienen su causa en la organización malvada de nuestras condiciones sociales! ¿Y qué decir de los que están detrás del coche, al servicio de los pasatiempos de sus jefes o siguiéndolos portando caniches y otras porquerías ridículas? En una sociedad racionalmente organizada, en la que todos están en condiciones de vivir sin tener que hacer tareas para satisfacer los caprichos de los ricos, ni caer en ellos mismos, esta misma mano de obra, tan desperdiciada hoy en día, puede ser utilizada para dar lujo en beneficio de todos y cada uno.

Otro despilfarro de la fuerza de trabajo en la sociedad actual se produce directamente como resultado de la competencia, creando un gran número de trabajadores sin pan, que *quisieran* trabajar pero *no pueden encontrar* trabajo. De hecho, la sociedad no está organizada en absoluto de manera que pueda informarse sobre el uso efectivo de la fuerza de trabajo, ya que deja en manos de cada uno la búsqueda de una fuente de ingresos. En estas condiciones, es bastante normal que muchos trabajadores se encuentren con las manos vacías en la distribución del trabajo útil o aparentemente útil. Más aún cuando la lucha por la competencia empuja a cada individuo a vender sus fuerzas al máximo, a explotar todas las ventajas de que dispone, y cuando la mano de obra cara es sustituida por otra más barata, para la que la civilización creciente ofrece cada vez más medios cada día (o, en otras palabras, cuando cada individuo debe trabajar para privar a los demás del pan, para mantener a los demás alejados del trabajo de una u otra manera). Bajo estas condiciones, en toda sociedad civilizada hay una gran masa de desempleados que quieren trabajar pero no encuentran trabajo. Sin embargo, esta masa resulta ser mayor de lo que generalmente se cree. Encontramos a estas personas, en parte, *prostituyéndose* de una manera u otra, mendigando, barriendo las calles, recostadas en las esquinas de las calles, manteniendo sus cuerpos y mentes vivas con mil penas haciendo ocasionalmente pequeños trabajos y servicios, para manipular y ofrecer de puerta en puerta cada pequeño artículo imaginable (o, como hemos visto esta noche, pobres niñas yendo de un lugar a otro con sus instrumentos musicales, tocando y cantando por dinero, forzadas a dejarse insultar por la primera persona que llega, simplemente para ganar unos pocos centavos). Quiero decir, ¿cuántas de ellas han caído en la prostitución! Caballeros, el número de personas sin pan que no tienen otra alternativa que prostituirse de una u otra manera es muy grande (nuestra beneficencia podría dar fe de ello).

Y no olviden que la sociedad sigue alimentando a estas personas de una manera u otra, aunque las trata como inútiles. Por lo tanto, si la sociedad los apoyase, también debería preocuparse de que estas personas desempleadas se ganasen la vida *dignamente*. Pero *eso* no puede hacerlo nuestra sociedad competitiva.

Señores, si admiten todo esto (y podría darles toda una serie de ejemplos de cómo la sociedad actual está desperdiciando su mano de obra), reconocerán que la sociedad humana tiene una sobreabundancia de mano de obra que espera que sólo se ponga en marcha una organización racional y una distribución coherente en beneficio de todos. Señores, ustedes pueden juzgar por esto lo poco justificado que está el temor de que una

distribución justa de la actividad social pueda tener el efecto de que recaiga sobre cada individuo tal carga de trabajo que no pueda dedicarse a otra cosa. Por el contrario, podemos suponer que con una organización de este tipo las horas de trabajo actualmente en vigor para todos podrían reducirse a la mitad, aunque sólo sea utilizando mano de obra que no se utiliza o que se aplica de forma improductiva.

Sin embargo, las ventajas que ofrece la organización comunista debido al uso de mano de obra desperdiciada, *estas ventajas no son todavía las más significativas*. La mayor economía de la fuerza de trabajo reside en la combinación de *fuerzas individuales*, transformadas así en una fuerza social colectiva, y en la organización basada en esta concentración de fuerzas que antes se oponían entre sí. En este punto estoy de acuerdo con las propuestas del socialista inglés Robert Owen, porque son las más prácticas y, al mismo tiempo, las más elaboradas. En lugar de los actuales pueblos y ciudades con sus casas en orden opuesto y disperso, Owen propone la construcción de grandes palacios, contruidos en una plaza de unos 1.650 pies de ancho, incluyendo un gran jardín y capaz de acomodar cómodamente de dos a tres mil personas. Es obvio que un edificio de este tipo, aunque ofrece a sus ocupantes el confort de las mejores viviendas actuales, es más barato y más fácil de construir que las viviendas unifamiliares, diseñadas por el sistema actual para un número equivalente de personas y normalmente construidas de forma mucho peor. Las numerosas habitaciones de casi todas las casas adecuadas que están vacías u ocupadas sólo una o dos veces al año se pueden retirar sin ningún tipo de inconveniente. Del mismo modo, el ahorro de espacio será importante, ya que no habrá necesidad de despensa, sótanos y otros almacenes.

Sin embargo, consideremos los detalles del orden interno de este edificio. Entonces veremos claramente los beneficios de la comunidad. ¡Cuánto trabajo y materias primas se están desperdiciando en la economía actual de los hogares dispersos, por ejemplo, en la calefacción! Necesitamos una estufa separada para cada habitación. Sin embargo, cada estufa debe ser cargada por separado, mantenida en condiciones de funcionamiento y vigilada. El combustible debe ser llevado a todos estos diferentes lugares, luego las cenizas deben ser retiradas. ¿No sería más sencillo y barato, y en mucho, sustituir estos calefactores dispersos por un magnífico sistema de calefacción colectiva, por ejemplo, con un sistema de tuberías de vapor y un único centro de calefacción, como ya ocurre en grandes edificios públicos, fábricas, iglesias, etc.?

Tomemos también el ejemplo de la iluminación de gas. Esto sigue siendo caro en este momento, ya que también hay que colocar tubos relativamente delgados en el suelo. Debido a la inmensa superficie que debe iluminarse en nuestras ciudades, estos tubos alcanzan una longitud desmesurada, mientras que en la instalación propuesta por Owen todo se concentra en un cuadrado de 1.650 pies; siendo el número de llamas del gas a quemar igual de grande, el resultado es por lo menos tan interesante como en una ciudad mediana.

Consideremos ahora la preparación de las comidas. ¡Estamos asistiendo a un enorme despilfarro de locales, productos y mano de obra en la actual economía fragmentada, en la que cada familia prepara sus pequeñas comidas, tiene su propia vajilla separada, necesita una cocinera permanente, debe obtener suministros privados en el mercado, en la huerta, en la carnicería, en la panadería! Se puede asumir tranquilamente que dos tercios de la fuerza laboral que se dedica a estas tareas podrían salvarse si estas comidas se preparasen y sirvieran colectivamente, mientras que el tercio restante podría utilizarse para llevar a cabo estas tareas con más cuidado y atención que en las condiciones actuales. Y finalmente ¡las tareas domésticas! ¿No será infinitamente más fácil mantener limpio y en buenas condiciones un edificio de este tipo si (como es fácil de hacer) este tipo de trabajo también se organiza y se distribuye de forma más juiciosa

que en las doscientas o trescientas casas particulares que, en el orden actual, proporcionan alojamiento a un número similar de habitantes?

Estos, caballeros, son sólo algunos de los inmensos beneficios económicos que deben derivarse de la organización comunista de la sociedad humana. No es posible para nosotros, en pocas horas y en pocas palabras, explicarles nuestros principios y motivarlos como debe ser en cada detalle. Pero esa no es nuestra intención. No podemos y no haremos más que explicar ciertos aspectos de la misma, y animar a quienes no tienen todavía claro el tema a que lo estudien. Lo que deseamos es, como mínimo, haberles hecho comprender esta tarde que el comunismo no va contra la naturaleza, la razón o el corazón humanos, ni es una teoría que, sin ningún apoyo en la realidad, simplemente tendría sus raíces en la imaginación.

Se nos preguntará cómo se puede aplicar esta teoría en la realidad, y qué medidas proponemos para preparar su aplicación. Hay varias maneras de lograr este objetivo: los ingleses comenzarán verosímilmente construyendo unas cuantas colonias y darán a todos la opción de entrar o no en ellas. Los franceses, por otro lado, ciertamente prepararán y establecerán el comunismo a escala nacional. Dada la novedad del movimiento social en Alemania, todavía hay poco que decir sobre la forma en que los alemanes se involucrarán en él. Por el momento, me gustaría mencionar sólo uno de los muchos medios posibles de esta preparación, porque se ha debatido varias veces en los últimos tiempos, a saber, la aplicación de tres medidas que necesariamente deben tener como consecuencia la práctica del comunismo.

La primera sería la *educación universal* de todos los niños sin excepción a expensas del estado, una educación que sería igual para todos y continuaría hasta el momento en que el individuo pudiera comportarse y actuar como miembro autónomo de la sociedad. Esta medida sólo sería un acto de justicia hacia nuestros hermanos y hermanas privados de medios, ya que todo hombre tiene un derecho evidente al pleno desarrollo de sus capacidades, y la sociedad comete una doble ofensa contra los individuos cuando hace de la ignorancia una consecuencia necesaria de la pobreza. Es obvio que la sociedad se beneficia más de los miembros educados que de los miembros ignorantes y frustrados, y si un proletariado educado (como es de esperar) no está dispuesto a permanecer en la situación inferior en la que se encuentra nuestro actual proletariado, se puede esperar, sin embargo, que una clase obrera *educada* espere con calma y serenidad la transformación necesaria y pacífica de la sociedad. Pero es obvio que el proletariado *no instruido* no quiere permanecer en la situación en que se encuentra, y esto es lo que los recientes disturbios en Silesia y Bohemia demuestran para Alemania, por no mencionar a otros pueblos.

La segunda medida sería una *reorganización total del sistema de asistencia pública*. Todos los ciudadanos privados de pan deben establecerse en colonias, en las que se les empleará en actividades agrícolas e industriales, organizando su trabajo en beneficio de toda la colonia.

Hasta ahora, el capital de la administración de la asistencia pública se ha prestado con intereses, dando así los ricos medios adicionales para explotar a los que están despojados de toda propiedad. Que se permita que este capital trabaje verdaderamente de una vez por todas en beneficio de los pobres, y que todo el producto de este capital se utilice para los pobres, y no sólo el interés del tres por ciento, ¡ofreciendo así un maravilloso ejemplo de la combinación del capital y el trabajo! En estas condiciones, la mano de obra de todos los que carecen de pan se emplearía en beneficio de la sociedad; los pobres desmoralizados y disminuidos serían hombres morales, independientes y activos, y podrían manifestarse muy rápidamente bajo una luz envidiable para los trabajadores parcializados; y esto iniciaría una reorganización decisiva de la sociedad.

Sin embargo, para ambas medidas se necesita dinero. Para unirlos y al mismo tiempo reemplazar el actual sistema de impuestos injustamente distribuidos, el mismo plan de reforma propone un impuesto progresivo general sobre el capital; su tasa aumentaría con el volumen de capital. De este modo, la carga de la administración pública sería soportada por todos en función de sus capacidades y, a diferencia de lo que se ha hecho hasta ahora en todos los países, no recaería principalmente sobre los hombros de los que están en peores condiciones de pagar. Básicamente, el principio de imposición es comunista, porque el derecho a recaudar impuestos se deduce en todos los países de la llamada propiedad nacional. O bien la propiedad privada es sacrosanta y no hay propiedad nacional, y entonces el estado no tiene derecho a recaudar impuestos; o bien el estado tiene ese derecho, y entonces la propiedad nacional está por encima de la propiedad privada, y el estado es el verdadero propietario. Este último principio es universalmente reconocido (básicamente, señores, por el momento sólo pretendemos que el estado se declare propietario universal y, por lo tanto, administre los bienes públicos para el bien público) y que, como primer paso en esta dirección, introduzca un método de tributación que tenga en cuenta la capacidad de cada uno para pagar los impuestos y el verdadero beneficio público.

Por lo tanto, caballeros, no se trata de introducir la comunidad de bienes de la noche a la mañana y en contra de la voluntad de la nación, sino sobre todo de fijar el *objetivo*, las *vías* y medios gracias a los cuales podemos conseguirlo. El principio del comunismo es, en cualquier caso, el principio del futuro, como lo demuestra la historia del desarrollo de las naciones civilizadas, la creciente disolución de todas las instituciones sociales actuales, así como la sana razón humana y especialmente el corazón humano.

II

Durante nuestra última reunión, se me reprochó apoyar mis demostraciones con ejemplos y documentos de países extranjeros solamente, incluyendo Inglaterra. Se ha dicho que Francia e Inglaterra no nos preocupan, que vivimos en Alemania y que nuestra tarea es demostrar que el comunismo es una necesidad y una ventaja para Alemania. Al mismo tiempo, hemos sido criticados por no haber demostrado satisfactoriamente la necesidad histórica del comunismo en general. Esto es perfectamente cierto, pero no fue posible hacerlo de otra manera en una primera presentación. En efecto, una necesidad histórica no puede demostrarse tan rápidamente como la equivalencia de dos triángulos; sólo puede demostrarse mediante el estudio y la profundización de premisas distantes. En cualquier caso, haré todo lo que esté en mis manos para responder a las objeciones que he recibido, y trataré de demostrar que para Alemania, el comunismo, si no era una *necesidad histórica*, es una *necesidad económica*.

Consideremos primero la situación social actual en Alemania. Sabemos que la pobreza es alta entre nosotros. Silesia y Bohemia lo han demostrado suficientemente. *La Gaceta Renana* ha hablado mucho sobre la miseria de las regiones del Mosela y del Eifel. En *Erzgebirge* ha habido una gran pobreza desde tiempos inmemoriales y reina allí constantemente. Los distritos de Senne y Westphalian no están en mejor situación. En todas partes de Alemania, la gente se queja, y, por otra parte, no podemos esperar otra cosa. Nuestro proletariado es numeroso y debe serlo, como vemos incluso observando superficialmente nuestra situación social.

La naturaleza de las cosas es que hay un gran proletariado en los *distritos industriales*. La industria no puede existir sin un gran número de obreros que estén a su completa disposición, que trabajen sólo para ella y renuncien a cualquier otro medio de vida; porque el empleo en la industria hace imposible cualquier otra ocupación, dado el desarrollo de la competencia. Por eso, en todos los distritos industriales hay un

proletariado, que es demasiado numeroso y manifiesto para negar su existencia. Sin embargo, todas las partes afirman que no hay proletariado en los *distritos agrícolas*. ¿Pero cómo podría ser posible? En las regiones donde predomina la gran propiedad de la tierra, se necesita un proletariado así; las grandes haciendas necesitan obreros y obreras agrícolas y no pueden existir sin proletarios. En las zonas donde la propiedad de la tierra se divide en parcelas, tampoco es posible evitar el nacimiento de una clase de individuos que no tienen nada: divide la tierra hasta cierto punto, y luego no hay nada más que dividir. Cuando al final sólo uno de los miembros de la familia es suficiente para ocupar la parcela, los otros simplemente tienen que transformarse en proletarios, en obreros sin ninguna posesión. Así que la división ha llegado, en general, a un punto en el que la parcela es demasiado pequeña para alimentar a una familia, y se forma una clase de personas que, como la pequeña clase media de las ciudades, hace la transición de la clase propietaria a la que ya no tiene ninguna propiedad, personas a las que la propiedad retiene de buscar trabajo en otro lugar, pero que, al mismo tiempo, no tienen suficiente para vivir. También hay una gran pobreza en esta clase.

El creciente empobrecimiento de la clase media, del que hablé en detalle hace ocho días, y la tendencia del capital a concentrarse en unas pocas manos demuestran que este proletariado debe aumentar continuamente en número. Ciertamente no necesito volver sobre estos puntos hoy; simplemente observaré que las causas que constantemente generan y multiplican al proletariado seguirán siendo las mismas y tendrán los mismos efectos mientras exista la competencia. En estas condiciones, el proletariado no sólo debe seguir existiendo, sino que también se expandirá cada vez más; incluso debe convertirse en un poder cada vez más amenazador en nuestra sociedad, si queremos seguir produciendo cada uno por su cuenta y en oposición a todos los demás. Sin embargo, un día el proletariado alcanzará un nivel de poder e inteligencia tal que ya no tolerará soportar la carga de todo el edificio social que pesa sobre sus hombros, y exigirá una distribución proporcional de las cargas y beneficios sociales, y entonces (si la naturaleza humana no ha cambiado hasta ahora) no será posible evitar la revolución social.

Esta es una cuestión que nuestros economistas no han abordado hasta ahora. No se preocupan tanto por la distribución como por la producción de la riqueza nacional. Sin embargo, por un momento queremos ignorar el hecho de que (como acabamos de demostrar) una revolución social es, en general, consecuencia de la competencia; nos limitaremos a observar las diversas formas particulares en las que aparece la competencia, así como las numerosas oportunidades económicas a las que se enfrenta Alemania, y veremos cuál debe ser el efecto en cada caso.

Alemania (o, más concretamente, la Unión Aduanera Alemana) aplica actualmente un arancel de comercio ajustado a un término medio. Nuestros derechos de aduana son demasiado bajos para ser verdaderamente protectores, y demasiado altos para garantizar el libre comercio. Por lo tanto, hay tres cosas posibles: o bien nos movemos hacia la plena libertad de comercio, o bien protegemos nuestra industria con derechos de aduana adecuados, o bien mantenemos el sistema actual. Consideremos estos diferentes casos.

Si proclamamos *la libertad de comercio* y eliminamos nuestros aranceles, toda nuestra industria (con la excepción de unos pocos sectores) se arruinará.

En ese caso ya no será cuestión de la hilatura del algodón, el tejido mecánico, la mayoría de las industrias del algodón y la lana, la importante rama de la industria de la seda y casi todas las minas y fábricas de hierro. Los trabajadores de todos estos sectores, después de haber sido repentinamente reducidos al desempleo, serán arrojados masivamente a la agricultura y a las demás ramas de la industria; la pobreza brotaría de todas partes, la concentración de la propiedad en unas pocas manos se aceleraría por tal

crisis y, a juzgar por los acontecimientos de Silesia, el efecto de esta crisis sería inevitablemente una revolución social.

En el segundo caso, imponemos *derechos de aduana protectores*. Recientemente se han convertido en los niños de sus ojos de la mayoría de nuestros industriales, y merecen un examen minucioso. El Sr. List ha organizado los deseos de nuestros capitalistas en un sistema; me detendré en este sistema, que se utiliza en todas partes como credo. El Sr. List propone un aumento progresivo de los derechos de aduana, que deben aumentar hasta que los fabricantes hayan asegurado el mercado del país; estos derechos de aduana deben permanecer en el mismo nivel durante un período de tiempo y luego disminuir gradualmente hasta que después de varios años cese finalmente toda protección. Supongamos que este plan se aplica y que se decretan derechos de protección. La industria se reactivaría, el capital aún inactivo se precipitaría hacia las empresas industriales, la demanda de obreros, y por lo tanto los salarios, aumentarían, las casas de pobres, la beneficencia, se vaciarían, y se desarrollaría una situación que parecería estar floreciendo. Esto continuará hasta que nuestra industria se haya ampliado lo suficiente para cubrir el mercado *interior*. No podrá seguir expandiéndose porque si, sin protección, no ha podido afirmarse en el mercado interior, no podrá competir con éxito contra la competencia extranjera en mercados neutrales. En este punto, cree el Sr. List, la industria ya sería lo suficientemente fuerte como para necesitar menos protección, y podrían comenzar los recortes arancelarios. Démosle un momento. Se reducen los derechos de aduana. Si no es la primera reducción arancelaria, entonces la segunda o tercera reducirá la protección hasta que la industria extranjera (por decirlo claramente la industria inglesa) pueda competir con la nuestra en el mercado alemán. Esto es exactamente lo que el propio Sr. List quiere. Pero, ¿cuáles serán las consecuencias? A partir de ese momento, la industria alemana debería ser capaz de soportar todas las fluctuaciones y crisis de la industria británica. Tan pronto como los mercados de ultramar se saturasen de productos ingleses (como ocurre precisamente en estos momentos y como lo describe con gran emoción el Sr. List) los británicos verterían todas sus existencias en el mercado alemán, el más cercano al que tienen acceso, y volverían a convertir a los países de la Unión Aduanera Alemana en su “tienda de baratijas”. Entonces la industria inglesa saldría de su letargo, porque su mercado es el mundo entero y el mundo entero no puede prescindir de la industria inglesa, mientras que la industria alemana ni siquiera es esencial para el mercado de su país y debe temer en su propia casa la competencia de los ingleses, que sufren por la sobreabundancia de bienes que lanzan sobre sus clientes durante la crisis. Por lo tanto, nuestra industria debería soportar hasta sus últimas consecuencias los oscuros períodos de la industria inglesa, mientras que sólo podría participar modestamente en sus períodos de esplendor: en resumen, nos encontraríamos exactamente en el punto en el que nos encontramos hoy. Y, para llegar inmediatamente al resultado final, tendríamos el mismo estado de depresión en el que nos encontramos hoy en los sectores que gozan de semiprotección. Entonces vendría el cierre de un establecimiento tras otro, sin que surgieran otros nuevos; nuestras máquinas envejecerían sin que pudiéramos sustituirlas por otras mejores; el estancamiento se convertiría en una regresión y, según el propio Sr. List, los sectores industriales decaerían uno tras otro y, al final, cesarían su actividad. Sin embargo, tendríamos un proletariado numeroso que la industria habría creado y que no tendría medios de subsistencia ni de trabajo (y este proletariado, caballeros, exigirá trabajo y comida de la clase poseedora).

Esto es lo que ocurriría si se rebajaran los derechos arancelarios. Supongamos, pues, que no se rebajan, que siguen siendo los mismos, y que queremos esperar a que la competencia interna de los fabricantes del país los haya hecho ilusorios. La consecuencia sería que la industria alemana se estancaría tan pronto como lograra abastecer plenamente

el mercado interior. No serían necesarios nuevos establecimientos, ya que los ya existentes son suficientes para el mercado existente y (como hemos dicho) no se pueden considerar nuevos mercados mientras sea necesaria la protección. Sin embargo, una industria que no está en perpetua expansión tampoco puede mejorar. Sería estacionaria tanto hacia afuera como hacia adentro. No se produciría ninguna mejora en las máquinas: las máquinas viejas no pueden ser desechadas, y para las nuevas no habría nuevos establecimientos donde pudiesen encontrar uso. Mientras tanto, otras naciones progresarían, y el estancamiento de nuestra industria se convertiría en una regresión. Pronto los británicos podrían, gracias a sus progresos, producir tan barato que podrían competir con Alemania en su propio mercado *a pesar* de los aranceles protectores, y dado que, en la lucha contra la competencia como en cualquier otra lucha, las victorias son para el más fuerte, podemos estar seguros de nuestra derrota final. Entonces se confirmaría la hipótesis que hemos mencionado anteriormente: el proletariado artificialmente producido exigiría de los poseedores algo que no podrían dar mientras siguieran siendo dueños exclusivos, y eso es la revolución social.

Ahora supongamos un caso, bastante improbable, a saber, que los alemanes estén logrando, a través de aranceles protectores, elevar su industria al nivel en el que podrían competir con los ingleses sin protección. Supongamos que este caso ocurriera, ¿cuáles serían las consecuencias? Apenas habríamos empezado a competir con los británicos en mercados extranjeros neutrales cuando habría una lucha mortal entre nuestra industria y la de los británicos. Usarían toda su energía para mantenernos fuera de los mercados que habían abastecido anteriormente: se verían obligados a hacerlo, porque serían atacados en la fuente misma de sus vidas, en su punto más sensible. Y con todos los medios a su alcance, con todas las ventajas que les da su centenaria industria, lograrían vencernos. Obligarían a nuestra industria a permanecer dentro de los límites de nuestro mercado y tendría que estancarse, de modo que se confirmaría el mismo hecho que hemos descrito anteriormente: nos estancaríamos, los ingleses progresarían, y nuestra industria, dada su inevitable decadencia, no sería capaz de alimentar al proletariado que hubiese creado artificialmente, y eso es revolución social.

Sin embargo, si derrotamos a los ingleses incluso en mercados neutrales y nos apoderamos de sus mercados uno tras otro, ¿qué habríamos ganado en este caso casi imposible? En el caso más feliz, repetiríamos una vez más la carrera industrial que Inglaterra ha hecho antes que nosotros... para llegar a donde está Inglaterra ahora, en vísperas de una revolución social. Pero con toda probabilidad, esto no duraría hasta entonces. Las continuas victorias de la industria alemana habrían arruinado inevitablemente a los ingleses y sólo acelerarían en Inglaterra el inminente levantamiento masivo del proletariado contra las clases poseedoras. El rápido aumento del desempleo empujaría a los obreros ingleses a la revolución y (dado el estado actual de las cosas) esa revolución tendría repercusiones considerables en los países del continente, particularmente en Francia y Alemania, donde serían tanto más violentas cuanto que el proletariado artificial producido por la fuerza de la industria alemana sería más numeroso. Tal revolución se convertiría inmediatamente en europea y sacaría brutalmente a nuestros fabricantes de su sueño de un monopolio industrial por parte de Alemania.

Además, está excluido que la industria inglesa y alemana puedan coexistir pacíficamente, simplemente por la existencia de competencia. Cualquier industria, para no ser superada y sucumbir, está obligada (repito) a progresar. Sin embargo, para progresar, debe expandirse, conquistar nuevos mercados y expandirse continuamente a través de la creación de nuevos establecimientos. Dado que, desde la apertura de China, ya no es posible conquistar nuevos mercados, sino simplemente explotar mejor los que ya existen, y que, en consecuencia, la expansión de la industria será más lenta en el futuro

que en el pasado, Inglaterra no puede tolerar, hoy mucho menos que ayer, a sus competidores. Para evitar el declive de su propia industria, se vería obligada a aplastar la industria de todos los demás países. Mantener el monopolio industrial no es para Inglaterra sólo una cuestión de mayores o menores ganancias, sino que también se ha convertido en una *cuestión vital* para ella. La lucha por la competencia entre las naciones ya es, en cualquier caso, mucho más dura y decisiva que la lucha entre los individuos, porque es una lucha *concentrada*, una lucha de masas a la que sólo una victoria decisiva de una de las partes (y una derrota decisiva de la otra) puede poner fin. Por eso, una lucha así entre nosotros y los británicos, sea cual sea el resultado, no sería beneficiosa ni para nuestros industriales ni para los industriales ingleses; todo lo que produciría es (como acabo de demostrar) una revolución social.

Así que hemos visto, caballeros, lo que Alemania puede esperar, en cualquier caso, del libre comercio y del proteccionismo. Por lo tanto, sólo nos quedaría una perspectiva económica, a saber: limitarnos a los aranceles de comercio ajustados que existen hoy en día. Pero ya hemos visto cuáles serían las consecuencias: nuestra industria acabaría por arruinarse, sector por sector; los obreros perderían sus puestos de trabajo y, cuando el desempleo alcanzara un cierto nivel, sería la explosión de una revolución contra las clases dominantes.

Como ven, caballeros, lo que he expuesto al principio en términos generales, partiendo de la noción de competencia, se confirma en este caso concreto, a saber: que la consecuencia inevitable de las condiciones sociales actuales es, en cualquier caso, una *revolución social*. Con la misma certeza con la que podemos deducir de los principios matemáticos un nuevo teorema, con la misma certeza podemos concluir de las condiciones económicas existentes y de los principios de la economía política que una revolución social es inminente. Pero echemos un vistazo más de cerca a esta revolución. ¿De qué forma surgirá, cuáles serán sus resultados, cuáles serán sus diferencias con respecto a las violentas revoluciones que se han producido hasta ahora? Una revolución social, caballeros, es algo muy diferente de las revoluciones políticas anteriores. A diferencia de éstas, no se dirige contra la propiedad del monopolio, sino contra el monopolio de la propiedad; una revolución social, caballeros, es una *guerra abierta de los pobres contra los ricos*. Tal lucha pone al descubierto todos los motivos y las causas del conflicto y manifiesta abiertamente sus efectos, que han permanecido oscuros y ocultos en las profundidades de todos los conflictos históricos del pasado. Pero semejante combate amenaza con ser más violento y sangriento que cualquier otro anterior. El resultado puede ser doble. O bien el partido subversivo sólo se apodera de la apariencia y no de la esencia, de la forma y no de la cosa en sí, o bien ataca el contenido y ataca el mal de raíz. En el primer caso, se permitirá que la propiedad privada permanezca y sólo se hará un reparto, de manera que las causas sigan existiendo, causas que han causado la situación actual y que deben en el más o menos largo plazo reproducir una situación similar y una nueva revolución. Caballeros, ¿esto es posible, sin embargo? ¿Dónde encontramos una revolución que realmente no ha realizado las premisas en las que se basa? La revolución inglesa encarnó los principios religiosos y políticos a los que había dado lugar la violenta oposición de Carlos I; la burguesía francesa, en su lucha contra la nobleza y la antigua monarquía, conquistó lo que quería y eliminó todos los abusos que la habían empujado a la insurrección. Pero, por contra, ¿debería apaciguarse el levantamiento de los pobres antes de que se aboliesen la pobreza y sus causas? Caballeros, esto no es posible, esta hipótesis sería contraria a toda experiencia histórica. Ni siquiera el nivel de desarrollo y de sensibilización de los obreros, especialmente en Inglaterra y Francia, nos permite considerarlo posible. Por lo tanto, sólo queda el otro término de la alternativa, a saber: que la futura revolución social atacará las causas reales de la pobreza

y la pobreza, la ignorancia y la delincuencia, y que, por lo tanto, emprenderá una verdadera reforma de la sociedad. Sin embargo, esto sólo puede ocurrir si se proclama el principio comunista. Caballeros, simplemente consideren los pensamientos que agitan a los obreros en países donde los trabajadores también piensan; miren pues a Francia: ¿no son comunistas *todas* las múltiples fracciones del movimiento obrero? Vayan a Inglaterra y escuchen las propuestas de los obreros para mejorar su situación: ¿no se basan todas ellas en el principio de la propiedad común? Miren los diferentes sistemas de reforma de la sociedad: ¿hay alguno que no sea comunista? De todos los sistemas que siguen siendo importantes hoy en día, el único que no es comunista es el de Fourier, que dirigió su atención más a la organización social de la actividad humana que a la distribución de sus productos. Todos estos hechos permiten concluir que una futura revolución social debe conducir a la aplicación del principio comunista y no admite ninguna otra solución.

Si estas deducciones son correctas, caballeros, la revolución social y el comunismo práctico son el resultado necesario de las condiciones bajo las que vivimos hoy. Por lo tanto, debemos centrarnos ante todo en las medidas que nos permitan evitar una ruptura violenta y sangrienta de las relaciones sociales. *Sólo hay un medio* para hacerlo, a saber, mediante el establecimiento pacífico o, al menos, la preparación del comunismo. Así pues, si no queremos una solución sangrienta al problema social, si no queremos que el antagonismo creciente día a día entre la educación y las condiciones de vida de los proletarios llegue a un paroxismo, en el que, según todas nuestras experiencias, la desesperación y la necesidad de venganza resolverán este antagonismo, entonces, caballeros, debemos preocuparnos seria y objetivamente por la cuestión social; debemos tener un corazón que contribuya por nuestra parte a humanizar la situación de los ilotas modernos. Y si a algunos de ustedes les pareció que la promoción de las clases hasta ahora empobrecidas y humilladas no podría llevarse a cabo sin rebajar sus propias condiciones de vida, deberían pensar que se trata de crear *para todos los hombres* una forma de vida tal que cada uno pueda desarrollar libremente su naturaleza humana, que pueda vivir con los demás en condiciones y relaciones humanas, sin tener que temer sacudidas violentas de sus propias condiciones de vida. Además, hay que tener en cuenta que lo que el individuo particular tiene que sacrificar no es un verdadero disfrute humano de la vida, sino simplemente un simulacro de disfrute generado por las malas condiciones de nuestra vida actual, en definitiva, algo a lo que se opone la propia razón y el corazón de quienes hasta ahora han disfrutado de estos beneficios ilusorios. No queremos destruir la vida verdaderamente humana con todas sus condiciones y necesidades, sino que, por el contrario, queremos realizarla en la práctica. Y aunque ignoren todo esto, piensen seriamente en las consecuencias de nuestra situación actual, en el laberinto de contradicciones y desórdenes al que nos hemos visto abocados, entonces, caballeros, sentirán que realmente vale la pena abordar la cuestión social de forma exhaustiva y seria. Y si pudiera animarle a que lo haga, entonces habré alcanzado plenamente el objetivo de mi discurso.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es